

## La idea del Amor en el pensamiento de Simone Weil<sup>1</sup>

Rubí de María Gómez Campos <sup>1</sup>

<sup>1</sup>Instituto de Investigaciones Filosóficas *Luis Villoro Toranzo*

Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

Morelia, Michoacán, México

E-mail: rubi.gomez@umich.mx

<https://orcid.org/0000-0002-6130-1347>

**Resumen:** La indiferencia frente al pensamiento de filósofas comprometidas con el mundo y simultáneamente capaces de iluminar senderos de espiritualidad, no carentes de profundidad filosófica como los que Simone Weil ofrece, nos llevó a desarrollar en el presente trabajo el tema del *Amor* y su relación con la *Verdad*. La actualidad y pertinencia de las reflexiones filosóficas de Simone Weil quedan de manifiesto en su valoración del *Amor* como fuente de la realidad humana y cósmica, que ha quedado oscurecida por la desorientación humana que la filósofa define como *desarraigo*. El *desarraigo* se origina en la pérdida de la unidad esencial de los valores griegos de *Bien*, *Belleza* y *Verdad*, y Weil apela a la responsabilidad humana para restablecer su *Equilibrio*. El objetivo del presente trabajo es mostrar la importancia y claridad de la filosofía de Simone Weil en la tarea de enfrentar el abandono del sentido de la *Justicia*. La conclusión: que el ser mismo, la estructura del universo (sea éste concebido en términos religiosos, físicos o políticos) es susceptible de ser comprendida si somos capaces de interpretarla desde la sensibilidad (cuerpo) y el pensamiento (alma), como dualidad indisoluble constitutiva de lo humano.

**Palabras clave:** Bien, belleza, verdad, mujeres filósofas, justicia, equilibrio.

**Abstract:** The indifference before the thought of women philosophers both committed to the world and capable of illuminating paths of spirituality, not lacking in philosophical depth like those of

---

<sup>1</sup> Este trabajo fue posible gracias al apoyo de La Coordinación de la Investigación Científica de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.

Simone Weil, led us to develop in this paper the subject of Love and its relationship with Truth. The actuality and pertinence of Simone Weil's philosophical reflections are manifested in her validation of Love as a source of human and cosmic reality, that has been obscured by the human disorientation defined by her as *rootlessness*. Rootlessness originates in the loss of the essential unity of the Greek values of Good, Beauty, and Truth, and Weil appeals to human responsibility to restable its balance. The objective of this paper is to show the importance and clarity of the philosopher Simone Weil in the task of facing the abandonment of the sense of justice. The conclusion: that *being* itself, the structure of the universe (be it conceived in religious, physical or political terms) is susceptible of being comprehended if we are capable of conceiving it in terms of sensibility (body) and thought (soul), as an indivisible duality constitutive of the human condition.

**Keywords:** Good, beauty, truth, women philosophers, justice, equilibrium.

## Introducción

El objetivo de este trabajo es mostrar, mediante los conceptos de consentimiento, atención y compasión, que el pensamiento de Simone Weil es capaz de dotar de significado al presente a través de la comprensión del sentido filosófico del *Amor* y, en el mundo de los asuntos humanos, a la compasión como su referente. Simone Weil (1909-1943) concibe la compasión como el contacto de los seres humanos con la divinidad y como el único y privilegiado acceso a la *Justicia*. Los seres humanos tienen el deber de ejercer su capacidad de *atención*, lo que conlleva juzgar (esencialmente distinguir el *Bien* del *Mal*) los fenómenos del mundo, *dejándonos tocar* por ellos. Esto es, los seres humanos deberían estar abiertos a la posibilidad humana de atenuar la desdicha que constituye su medio. Ello es posible si se comprende efectivamente el mundo en el que además participamos, es decir, si somos capaces de asumir el valor de la voluntad libre que somos y la dirigimos a la consecución del *Bien*, de acuerdo con el valor absoluto de la búsqueda de *Justicia* como tarea humana.

Mediante la capacidad de comprensión de la realidad y de lo humano que nos legaron los griegos y bajo el modelo de la unidad platónica de *Bien*, *Belleza* y *Verdad*, Simone Weil aprovecha y desarrolla la riqueza filosófica de la historia humana para, a través de una apropiación personal de conceptos de orígenes diversos, conciliar magistralmente los temas de sus primeros escritos marxistas con los de sus textos catalogados como religiosos. Además de cartas y ensayos editados en español bajo el título de *La condición obrera*,<sup>2</sup> desde 1934 hasta su muerte en 1943, entre los textos posteriores a su experiencia de trabajadora (que siguió pensando después de escribir su texto sobre la

---

<sup>2</sup> Simone Weil (2014). *La condición obrera*, Madrid, Trotta.

libertad y la opresión social), se cuenta una parte importante de su pensamiento político entre los abundantes escritos que Simone Weil acostumbraba integrar en sus *Cahiers*; ideas, reflexiones que a manera de notas serán el núcleo de los numerosos y breves ensayos que posteriormente compondrán la que se considera su obra filosófica más relevante y mayormente conocida: *La gravedad y la gracia*<sup>3</sup>.

La serie de sentencias recogidas por sus editores en este libro resultan ser formulaciones hasta cierto punto crípticas, si no se leen cimentadas en el amplio contexto de su obra, a través de la cual podemos constatar que —desde cualquier campo de experiencia que se oriente su análisis de la realidad— el hilo conductor de la tarea humana es la búsqueda de realización de la *Justicia*. Weil desarrollará plenamente su concepto ontológico de la realidad en torno al componente espiritual de la *Justicia*, como la forma más pura de conciliación del ser humano con el mundo (la materia). El camino de esa conciliación pasa por una ubicación precisa del lugar que le corresponde al ser humano en el universo. Así aclara que el ámbito propiamente humano del espíritu es el único lugar en el que puede habitar el amor a la *Justicia*. No la *Justicia* que es del orden de lo humano sólo cuando éste se deja tocar por lo divino, sino en un sentido gnoseológico de la *Justicia*, que le lleva a definir el lugar del ser humano en un nivel espiritual. En palabras de María Zambrano: “el alma [...] no es una cosa, sino un medio donde entran todas las cosas haciéndose, diríamos, verdaderas, transmutando su anónima condición en verdad” (Zambrano citada por Revilla, 2003: 136).

Para Simone Weil la opresión y la desigualdad que operan en la dimensión social regida por la necesidad podrían ser equilibradas una vez identificado el camino humano del *enraizamiento* a través de la política; aunque sólo si ésta se realiza como amor a la *Justicia*, que es la *Verdad* en el esplendor de lo humano (*Belleza*). La hipótesis de este trabajo consiste en sostener que el pensamiento weiliano es una potencia humana portentosa, todavía poco conocida, capaz de transformar la realidad mediante la realización de una difícil síntesis entre *Eros* y *Nous*, entre el *Amor* y el *Pensamiento*.

La perspectiva adoptada por Simone Weil implica introducirse en la posibilidad exclusivamente humana de realizar la *Justicia* y alcanzar, correlativa y simultáneamente, la *Verdad*, ya que, según

---

<sup>3</sup> Conformados por 11 cuadernos que contienen sus reflexiones diarias (escritas sobre todo durante 1941-1942). *La gravedad y la gracia* es una selección de textos tomada de los *Cuadernos*, que el editor traduce como una experiencia interior de una autenticidad y exigencia poco comunes (Primera de forros), debido a la condición de intimidad con la que fueron elaborados (como notas personales). En la introducción a este libro Carlos Ortega señala que “la publicación en 1947 y 1949 de *A la espera de Dios* y *La gravedad y la gracia* [y] que perseguía la rotación de su figura —en lo que tenía de vida ejemplar— en una órbita católica” indujo una lectura religiosa de su pensamiento y la conformación de un público cuyo interés hizo que cincuenta años después de su muerte se pudiera pedir su canonización por parte de la Iglesia católica (Ortega Bayón, 1994: 9).

ella, el *Amor* sólo crece a la luz de una *Belleza* capaz de refulgir para mostrarnos el camino del conocimiento de la potencia divina (oculta ante los ojos) de los seres humanos. Si la *Justicia* ocupara su lugar en la realidad, éste sería el corazón del ser humano: “si la justicia es imborrable del corazón del hombre posee realidad en este mundo. Quien se equivoca entonces es la ciencia” (Weil, 1996:189), que reduce la comprensión del mundo a un ejercicio meramente intelectual de los hechos, sin dirigir sus acciones hacia la búsqueda del *Equilibrio* como medida de la *Justicia*, tanto en el nivel físico (ontológico) como en el político y social.

### ***Justicia* y diferencia sexual**

*La justicia consiste en vigilar para que no se haga daño a los hombres.* (Weil, 2000: 36)

Atendiendo a la aparente contradicción entre la intensa vocación política de Simone Weil con su conocida vocación religiosa, Corrado Bologna (2006) reflexiona sobre la *fecunda* contradicción entre las categorías de imaginación y gracia en el pensamiento de Simone Weil, resaltando

la coincidencia de su meditación filosófico-teológica con la poetológica, e insistiendo, pues, en la elección intencional de plasmar un léxico especial adquiriéndolo del léxico canónico de la gran mística, sobre todo occidental [...] para destinarlo a finalidades diferentes a las originarias. (Bologna, 2006: 178-179)

Carlo Ossola (2006) por su parte sostiene que “mística y política no son opuestas” (Ossola, 2006: 62). Y Simone Weil demuestra que esto es verdad. A lo largo de toda su obra y especialmente en los últimos textos (*Escritos de Londres*, *Echar raíces* y *Carta a un religioso*), define lo que podría considerarse una imprescindible propuesta ética y una refulgente filosofía práctica para el siglo XXI, que nos posibilita enfrentar sus novedosos —aunque no totalmente originales— desafíos.

En una de sus épocas más productivas teóricamente (1940<sup>4</sup>) surgen algunos de sus textos considerados religiosos, como *A la espera de Dios* y la mayor parte de *Intuiciones precristianas*, buena parte de *La fuente griega* y sus *Pensamientos desordenados*. Al final de ese período de interrogantes surgirán, como afirma Carlos Ortega, sus deslumbrantes textos: *El conocimiento sobrenatural*, que redactara en Nueva York “como si algo o alguien guiara su mano” (Ortega Bayón, 1994: 44), y *Carta*

---

<sup>4</sup> En este año Simone Weil conoce al padre dominico Perrin y al filósofo católico Gustave Thibon, editor de *La gravedad y la gracia* y a quien poco antes de morir le entrega sus vastos cuadernos que, como afirma Carlos Ortega, tan útiles iban a ser “para la difusión posterior de su obra, como inocentemente nocivos para el conocimiento de sus ideas verdaderas, por la explotación que de las mismas se haría por el mero hecho de salir de sus manos”. (Ortega Bayón, 1994: 42)

a un religioso. Finalmente, en 1942, durante cuatro meses, elabora dos de sus textos más importantes en el campo de la filosofía política: *Echar raíces* y *Escritos de Londres*.

En este último reconoce por primera vez que hay un problema más grave que el de la opresión social. En referencia al consentimiento humano que Weil considera *algo sagrado*, sostiene: “La violación es una caricatura horrenda del amor, de la que está ausente el consentimiento. Después de la violación, la opresión es el segundo horror de la existencia humana” (Weil, 2000:43). En este marco resulta relevante ubicar su filosofía en relación con el proceso de comprensión de la *Justicia* entre hombres y mujeres. Hacerlo nos permitiría plantear en sus términos esta importante cuestión. Finalmente, la consecuencia directa de muchas interpretaciones que se les impone a las filosofías producidas por mujeres deriva del hecho de ser leída con los conceptos preestablecidos por una tradición poco acostumbrada a la novedad del pensamiento femenino. Algunas lecturas inclusive distorsionan el carácter eminentemente filosófico de la postura de Simone Weil —que estrictamente se despliega como búsqueda racional de la *Verdad*— y lo reducen a intentos de convencimiento ideológico o a expresión de experiencias místicas.

Entre otras polémicas a las que da lugar la originalidad de su pensamiento, la dificultad para interpretar algunas de sus ideas podría radicar en el enfoque pretendidamente neutral que la filosofía adopta frente al tema de la diferencia de los sexos. Las lecturas patriarcales no observan que precisamente es el carácter eminentemente filosófico del pensamiento weiliano, y con mucha probabilidad también específicamente femenino, lo que nos da la posibilidad de redefinir con precisión y rigor axiomas básicos para la propia ideología política, la mística y, sobre todo, para una forma auténtica de espiritualidad que no nos aleja de la práctica de búsqueda de la *Verdad* en filosofía, ni del *Amor*. Como afirma Bologna (2006):

Weil, en suma, bordeó la experiencia mística sin pasar nunca, en realidad, el umbral. Profundizó, eligió, contaminó, y replasmó categorías, conceptos, léxico y semántica de los místicos clásicos sobre todo con el fin de tomar, describir, interpretar en un horizonte también ético el suceso inalcanzable del surgir del pensamiento, y el otro que de éste depende, de la intuición y de la creación estético-poética. (Bologna, 2006: 179)

En el contexto de su extensa y profunda obra, la *idolatría*, que es expresión de la necesidad humana de consuelo frente a la conciencia de la desdicha experimentada como dolor, resulta para Simone Weil una alternativa equivocada, producida por la imaginación y que irremediamente abona al *desarraigo*, al extravío que produce la negación de la facultad esencial humana de espiritualidad. El *desarraigo* es la evasión que caracteriza puntualmente al ser humano del capitalismo moderno. Su afirmación acerca de la espiritualidad en estrecho vínculo con el mundo, que Weil liga con la dignidad del trabajo y el establecimiento de la *Justicia*, ni siquiera los comunistas la rechazarían como ella misma dice:

Sería fácil hallar en Marx citas en que se censura la falta de espiritualidad de la sociedad capitalista, de lo cual se infiere que debe estar en la nueva sociedad. Los conservadores tampoco se atreverían a rechazar esta fórmula. Ni los medios radicales, laicos o francmasones. Los cristianos la harían suya con júbilo. Tal idea podría suscitar la unanimidad. (Weil, 1996: 87)

Weil recorre entonces el camino práctico de la acción política sin abandonar la ruta contemplativa de la revelación filosófica de la *Verdad* —a la que se acerca mediante reflexiones teológicas— manteniendo así el criterio de la unidad de ambas esferas (la de los hechos del mundo y la de Dios). La distinción de estas esferas corresponde con las sustancias cartesianas (sustancia pensante y sustancia extensa). El compromiso filosófico con ambas le permite a la filósofa dilucidar una bifurcación del sentido de la *Justicia* que es necesario distinguir en sus dos niveles:

- 1) en el plano socio-político en el que Weil busca introducir la noción del *deber* frente al *derecho* y,
- 2) simultáneamente, en la dimensión práctico-personal de la ética y la epistemología, que sustenta las propuestas políticas y sociales del primer nivel.

Ambas vías remiten a una posibilidad de acceso a la *Verdad*, siguiendo la ruta del amor en germen que habita en todo ser humano y que sólo llega a ser despertado por la *atención sobrenatural*, es decir, por la vinculación del plano epistemológico del conocimiento del cosmos con el de la *Justicia* y la moral, y tanto a nivel personal como social. El *Equilibrio* de todos estos planos configura la armonía del mundo: la *Belleza*. Los tres principios platónicos articulados en su unidad real constituyen para Weil lo esencial de la *Belleza*, es decir, el *Equilibrio* perdido, “el pacto original del espíritu con el universo” (Weil, 1982: 132), hoy destruido mediante la separación de esa unidad, y que se muestra en el patente desarraigo y en el desequilibrio del mundo en que vivimos.

Por ello el símbolo de la *Justicia*, la balanza, es también la imagen del *Equilibrio*, concebido por Simone Weil como la frágil armonía del mundo que constituye a la *Belleza*. No obstante, también afirma que “el arte no tiene futuro inmediato porque todo arte es colectivo y hoy ya no hay vida colectiva (no hay más que colectividades muertas), y también debido a esa ruptura del verdadero pacto entre el cuerpo y el alma” (Weil, 1994: 183).

En el contexto de la relación que el ser humano tiene con los dos niveles de la realidad: el material y el espiritual. La filósofa comprende y ubica un lugar preciso a las sustancias extensa y pensante (cuerpo y alma) en el campo moral, lo que significa una simultaneidad entre el acto de pensar y el de sentir. Así establece una visión más completa de la realidad humana, de sus facultades y de la

posibilidad de conocer el mundo sin renunciar a él: *Pienso, luego existo*, pero a la vez estoy sintiendo: sufro y gozo, y este padecer se vive en la conciencia, tiñendo con el ánimo (tono del alma) la percepción y finalmente la comprensión del mundo.

Desde este suelo teórico estrictamente dualista la filosofía weiliana ayuda a comprender y expresar aspectos inéditos o muy poco explorados de la realidad, como la diferencia de los sexos, el valor de la experiencia, la relación del pensamiento con la vida y, lo más importante, el concepto de una verdadera humanidad centrada en el amor a la *Justicia*. Desde el primero hasta sus últimos escritos, Simone Weil expresa con clarividencia la importancia y la actualidad filosófica de este tema primordial sobre el que edificará la estructura completa de su pensamiento:

Se le está haciendo daño a un ser humano cuando grita interiormente: ‘¿Por qué se me hace daño?’. Se equivoca a menudo en cuanto intenta darse cuenta de qué mal sufre, quién se lo inflige, por qué se le inflige. Pero el grito es infalible. El otro grito que se oye a menudo: ‘¿Por qué el otro tiene más que yo?’, se refiere al derecho. Hay que aprender a distinguir los dos gritos y hacer que se acalle el segundo tanto cuanto se pueda, con la menor brutalidad posible, echando mano de un código, de tribunales ordinarios y de la policía. Para formar espíritus capaces de resolver los problemas pertenecientes a ese ámbito, basta la Escuela de Derecho. Pero el grito ‘¿Por qué se me hace daño?’ plantea problemas muy diferentes, para los que es indispensable el espíritu de la verdad, de la justicia y del amor. (Weil, 2000: 36)

### Ética weiliana o *Lecturas de la Justicia*

*Sólo existe una facultad del alma humana a la que no le afecta la fuerza, ni por el lado de la instigación a ejercerla, ni por el lado de la posibilidad de impedirla. Esa facultad es la de dar su consentimiento al bien, la facultad de amor sobrenatural.*  
(Weil, 2004: 49-50)

El des-enraizamiento o desarraigo de los seres humanos se revela en la mentira acerca del mundo y de sí mismos, que lleva a Weil a considerar que sea probable que, consecuentemente con la desatención a la *Belleza* del mundo, los seres humanos merezcamos el castigo de la desdicha. En su profundo escrito sobre *El amor a Dios* sostiene que “no conceder atención a la belleza del mundo es quizá un crimen de ingratitud tan grande que merece el castigo de la desdicha” (Weil, 1995:88). En cuanto es por medio de la *poiesis* o el trabajo (consistente en la acción corporal guiada por el pensamiento) como comprendemos esencialmente el mundo, podemos afirmar que somos co-creadores de él. Pero Simone Weil sostiene que también desde el mismo nivel moral participamos o intervenimos en la realidad.

Habiendo constatado que el conocimiento no se adquiere sólo de forma intelectual, se plantea la búsqueda de la *Verdad* no sólo en términos sociales sino también personales, en tanto que: “Para expresar lo verdadero es preciso un trabajo. También para recibirlo. Sin trabajo se expresa y se recibe lo falso, o cuando menos lo superficial” (Weil, 1994:99). Esto es así ya que, como dice en referencia a las *ilusiones*

Entre los hombres (y excepción hecha de las formas supremas de la santidad y del genio), lo que produce la impresión de ser verdadero es casi necesariamente falso, y lo que es verdadero produce casi necesariamente la impresión de ser falso. (Weil, 1994:99)

La sabiduría filosófica de Simone Weil, tan creativa y libre como bella y profunda, se sustenta en su calidad racional y en el rigor conceptual de un pensamiento filosófico que casi no proviene de ninguna tradición establecida, o bien establece una distancia crítica con las filosofías desde las que construye su propio y original discernimiento. Así sostiene que, en la medida en que la comprensión de lo real involucra la participación de la persona, todo conocimiento es hipotético. Por ello la posible participación del ser humano en el mundo depende, correlativamente, de la posibilidad efectiva de comprenderlo.

El original y pertinente enfoque de la reflexión weiliana, cuya cualidad más alta es la coherencia entre su pensamiento y sus experiencias vitales<sup>5</sup>, permite identificar no sólo la posibilidad teórica de comprender el mundo y comprendernos, sino también la posibilidad de arrebatarnos a los técnicos de la materia el dominio del espíritu; puesto que es a ellos a quienes se ha encargado en la modernidad, equivocadamente, su cuidado.

El despliegue de la ciencia moderna, que ha terminado por responsabilizar a los técnicos de la materia de la dirección y del cuidado del espíritu ha sido resultado, según ella, de una negligencia intelectual que considera necesario enfrentar y superar con los recursos de la filosofía:

En el curso de los últimos siglos se ha advertido confusamente la contradicción entre la ciencia y el humanismo, aunque nunca se ha tenido el valor intelectual de mirarla de frente. Se ha intentado resolver esa contradicción sin haberla expuesto primero a la vista de todos. Esta falta de probidad de la inteligencia se castiga siempre con el error. (Weil, 1996:188)

Para Simone Weil es evidente que el *Amor (Eros)*, siendo la facultad humana más potente, ha resultado ser la más desperdiciada en todos los niveles de la realidad y la más desconocida. No así en

---

<sup>5</sup> Es importante recordar que sus *Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social* (1982) es un escrito que realizó en un periodo de seis meses, antes de entrar a trabajar por primera vez en una fábrica; lo que da cuenta de su valoración filosófica por la experiencia.



su propia filosofía, donde cobra una vigencia inusitada. Las consecuencias del fatal error del abandono de *Eros* son asumidas irremisiblemente por todos los individuos que conforman la cultura a lo largo de la historia. Weil enfrenta esas consecuencias con su pensamiento y a lo largo de su vida. Por esa unidad perdida del *Bien*, la *Belleza* y la *Verdad* que su reflexión intenta recuperar, es comprensible que su análisis del desarraigo contemporáneo derive en la idea, defendida persistentemente por ella, de que: “más vale fracasar que triunfar haciendo el mal” (Weil, 1996:88). Por tanto se propone desarrollar la importancia del *Amor* filosóficamente.

Pero en el intento de comprender el pensamiento de Weil resalta una dificultad inicial, planteada y analizada por ella misma. La *interpretación* que hacemos del mundo y específicamente de los otros puede constituir casi una forma de violencia, en la medida en que tendemos a imponer nuestro propio sentido de realidad al *objeto* analizado. Según ella, el desarraigo implica necesariamente un agravamiento de la dificultad de comprensión. Por ello, más allá de sí misma, le interesa señalar que:

El descrédito de palabras así como la consecuencia de lanzarlas al dominio público sin tomar infinitas precauciones conllevaría un daño irreparable; significaría matar cualquier resto de esperanza que pudiera hacer concebir la realidad correspondiente. [*Las palabras que impulsan la inspiración*] no deben ser una consigna. (Weil, 1996:88. Bastardillas de la autora)

Se dirige por lo tanto a quienes atiendan con un rigor intelectual estrechamente ligado a la sensibilidad sus profundos, precisos e inquebrantables planteamientos, trazados teóricamente y simultáneamente sometidos al criterio de la experiencia. Mediante un “recorrido radical hacia las raíces de la experiencia y de la existencia” (Bologna, 2006: 182) de Simone Weil, Bologna considera urgente “dibujar sus mapas alegóricos, medir sus deudas con el pasado (la biblioteca de Simone es amplia, pero no ilimitada) y los créditos hacia el pensamiento contemporáneo” (Bologna, 2006: 189). Los caminos que su pensamiento seguía no eran más que constataciones del fracaso intelectual de la filosofía ante una realidad tan agobiante como el totalitarismo alemán y soviético de su tiempo y los múltiples conflictos y tensiones sociales (hoy radicalizados, aunque de otra índole) que circundaban su época.

En su propio momento, después de comprobar la falsificación del significado de las prácticas y facultades más altas de los seres humanos, la filósofa sostiene una crítica directa al individualismo moderno representado en el arte:

En nuestra época, en la que los escritores y los científicos han usurpado de manera un tanto extraña el lugar de los sacerdotes, el público reconoce, con una complacencia que no está de

ningún modo fundada en la razón, que las facultades artísticas y científicas son sagradas<sup>6</sup>. [... *Esta divinización o idolatría, como le llama en otros momentos, que se produce frente al arte, la ciencia y otras prácticas humanas*] ocasiona actitudes hacia la vida tales como aquella, tan común en nuestro siglo, expresada en la horrible frase de Blake: ‘Más vale ahogar a un bebé en su cuna que conservar en sí un deseo no satisfecho’. (Weil, 2000: 20-21. Bastardillas de la autora)

Lo anterior es un ejemplo de cómo la falsificación de la *Verdad* y del *Bien* consiste en el dominio generalizado de la impiedad: la prueba suprema de ausencia de compasión social y personal y muestra del egoísmo individualista que las funda. Pero sobre todo expresa la hegemonía absoluta del deseo que caracteriza a la sociedad actual (neoliberal y posmoderna). Por ello, para evitar el riesgo de la mera ilusión y ante el peligro de ser incomprendida, Weil recurre a la filosofía ya que cree (como sostiene en sus *Cuadernos*) que “el objeto de la ciencia no es la verdad, sino la belleza. La filosofía es la que tiene por objeto la verdad” (Weil, 2001: 760), como el arte tiene por objeto la vocación del *Bien*.

El sentido de cada uno de los tres componentes de esta unidad ontológica esencial: el *Bien* (la *Justicia*), la *Verdad* (el *Amor*) y el *Equilibrio* (la *Belleza*), depende precisamente del sostenimiento de dicha unidad. Su dispersión o separación encarna la posibilidad (realizada actualmente) del desarraigo extremo (el dominio del mal, en términos ontológicos). A diferencia de la visión marxista de la realidad (de la que Simone Weil se deslinda claramente en su texto *Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social*), la ilusión, de la que los seres humanos frecuentemente son presa, no consiste sólo en un engaño de los sentidos o de la mente que promueva una falsa conciencia de la realidad o una visión distorsionada de ella, sino una distorsión monstruosa del sentido de la *Justicia*, la *Belleza* y la *Verdad* y, sobre todo, de su unidad perdida; olvidada en cuanto realidad esencial.

Proyectar el deseo propio sobre los demás, como exigencia, es un acto permanente que el hábito de la imaginación impone, sin embargo el tema del otro, con toda su problematicidad, resulta crucial en el pensamiento ético de nuestra autora. En plena coherencia con su formulación acerca del compromiso humano con la *Justicia* y a partir de su tesis sobre la interpretación —a la que llama *lectura*— Weil sustenta que ser leída como otro se liga con el principio básico de la *Justicia*:

---

<sup>6</sup> Generalmente, agrega Weil, “se considera que esto es evidente, aunque está lejos de serlo. [... *Inclusive*] se alega que el juego de esas facultades se encuentra entre las formas más altas de realización de la persona humana. A menudo, en efecto, solo es eso [*lo cual significa reducirse nuevamente al yo, como conciencia*]. En ese caso, es fácil darse cuenta de lo que vale y de lo que ocasiona”. (Weil, 2000:20-21. Bastardillas de la autora)

Justicia. Estar dispuesto a admitir que el otro es distinto a lo que leemos cuando está presente (o cuando pensamos en él) (...) Cada ser grita en silencio para ser leído como otro. Se lee, pero también se es leído por otro. Interferencias de esas lecturas. Obligar a alguien a leerse a sí mismo como se lo lee (esclavitud). Obligar a los otros a leerlos como nos leemos a nosotros mismos (conquista). Lo más frecuente: diálogo entre sordos. (Weil, 1994: 167-168)

## **Eros: entre la materia del mundo y el espíritu humano**

*El amor es la única facultad del alma de la que es imposible que salga ninguna brutalidad de ningún género. Es, por lo tanto, el único principio de justicia del alma humana. La analogía nos lleva a pensar que se trata también del principio de la justicia divina, sólo que, al ser perfectamente justo, Dios es además enteramente Amor. (Weil, 2004: 49-50)*

El despliegue weiliano del concepto de *Amor* consiste en concebirlo como el *Ser* mismo. Inmersa en el contexto de la compleja realidad de la primera mitad del siglo XX, Simone Weil fue capaz de formular un pensamiento filosófico original en su interpretación de la dualidad cartesiana alma – cuerpo, materia – espíritu, que la lleva al difícil esfuerzo de definir la espiritualidad del modo como la entiende, con plena conciencia del daño que puede representar el intento de definirla, en las condiciones actuales de desarraigo y abandono de la espiritualidad. Según ella, la distorsión del valor de la espiritualidad, así como de prácticamente todas las prácticas y potencias vitales de los seres humanos, es una de las consecuencias del desarraigo.

La espiritualidad que examina filosóficamente a partir de su contenido moral y religioso, le lleva a decir:

El término ‘espiritualidad’ no implica ninguna afiliación particular [...] Pero no es posible referirse a semejante fórmula sin temblar. ¿Cómo alcanzarla sin mancillarla, sin hacer de ella una mentira? Nuestra época está tan intoxicada de mentira que convierte en mentira todo lo que toca. (Weil, 1996: 87)

El riesgo de incompreensión que circunda en general al pensamiento se muestra cuando, en su caso, como afirma Corrado Bologna (2006), no se ha comprendido plenamente su filosofía como “una cosmogonía y una cosmología del espíritu, una física espiritual que configura una metafísica y una ética, y también una estética [... *en*] su fragmentaria, asistemática fundación moderna” (Bologna, 2006: 188-189. Bastardillas de la autora).

Los diversos temas abordados en este trabajo: el *Amor*, la espiritualidad, la *Justicia*, el desarraigo (y la relación que tienen con la *Verdad* y la *Belleza*) caracterizan aspectos relevantes de la postura ética que Simone Weil diseñó para enfrentar los retos del presente. Presente que, como sabemos, necesita urgentemente nuevas claves de interpretación, si no universales al menos suficientemente plausibles como para permitir a los seres humanos una mínima posibilidad de convivencia y de orientación moral, para ubicarse en el desolado mundo actual.

Con el fin de comprender la reflexión filosófica de Simone Weil y definir su significado y valor, en este trabajo fue asumido que el fondo de sus preocupaciones coincide con algunas ideas contemporáneas que, desde una perspectiva posmoderna, conciben la acción humana enmarcada en una visión desencantada de la realidad. La complejidad del mundo contemporáneo y las trágicas formas de resolución de las relaciones humanas del presente patentizan la urgencia de identificar parámetros de orientación para la praxis social del siglo XXI. Es evidente que la necesidad de comprender para actuar se presenta hoy de forma más real y apremiante para el saber filosófico y para la praxis social que cualquier otro objeto intelectual.

La filósofa alemana Hannah Arendt (1906-1975) sostiene que la comprensión del mundo se sustenta en una *comprensión preliminar* (Arendt, 1995), que a su vez está ligada a la vida concreta de las relaciones interpersonales en su pluralidad. De modo similar Simone Weil plantea la necesidad de reconstruir nuestra relación con el mundo desde la relación con los otros. Sin embargo, descubre que hasta la filosofía se ha colocado a contrapelo del *logos* verdadero, que es integrador de la unidad del mundo y el espíritu, sin posibilidad de división alguna con *Eros* fundador.

Quien fuera sobre todo una pensadora de y desde la acción, y al mismo tiempo alguien profundamente preocupada por la relación del ser humano con Dios, se preguntaba mientras elaboraba su escrito *Sobre las causas de la libertad y de la opresión social*:

¿Qué significa hacer balance o crítica de nuestra civilización? [*Y se responde:*] Tratar de poner en claro de una manera precisa la trampa que ha llevado al hombre a ser esclavo de sus propias creaciones. Por dónde ha penetrado la inconsciencia en el pensamiento y la acción metódicas. Escaparse a una vida salvaje es una solución perezosa. Hay que encontrar de nuevo el pacto original entre el espíritu y el mundo en la misma civilización en que vivimos. (Weil, 2001: 58-59. Bastardillas de la autora)

En este sentido se constata que la base platónica (unidad triádica de la realidad) de la doctrina weiliana, resulta adecuada para comprender y vivir la realidad de nuestro tiempo. Simone Weil es capaz de visualizar y reconstruir el ideal de una convivencia más digna, menos injusta y desigual, desde la que traduce la revelación de la *Justicia* como responsabilidad, en torno al límite como medida de la *Verdad*, y el *Equilibrio* como *Belleza*. La francesa está convencida de que la *Justicia* es

el objetivo de la política y la política es una forma de actividad superior que utiliza la facultad humana de la *Justicia*:

Casi nunca se considera la política como un arte de especie tan elevada. Pero es que durante siglos nos hemos acostumbrado a considerarla sólo, o en todo caso principalmente, como la técnica de la adquisición y de la conservación del poder. Pero el poder no es un fin. Por su naturaleza, por su esencia, por definición, es exclusivamente un medio. Es para la política lo que un piano para la composición musical. (Weil, 1996: 170)

Considerando lo anterior, lo más importante del concepto weiliano de *Amor* es su carácter integrador de todo lo que existe, la realidad misma: el ser mismo concebido como la mediación entre el *Logos* y *Eros*. En el plano ético el factor real, humano, del *Equilibrio* cósmico y social, cuya función última es el logro de la armonía y la relación. Por último, Simone Weil sostiene una definición filosófica del *Amor*, al que identifica con lo real a la manera de un Dios hecho de la materia del mundo y sólo comprendido por medio del espíritu. Dios o el *Amor* es el emisario de la *Justicia* representada en el *Equilibrio* del cosmos, del que es responsable el espíritu humano en el ejercicio libre de su voluntad:

El hecho mismo de haber traducido ‘Logos’ por ‘Verbo’ indica que algo se ha perdido, pues *λογος* quiere decir ante todo *relación*, y es sinónimo de *ἀριθμός*, número, en Platón y los pitagóricos. Relación, es decir, proporción. Proporción, es decir, armonía. Armonía, es decir, mediación. Yo traduciría: al comienzo estaba la mediación (Weil, 1998, 58). **Ψ**

## BIBLIOGRAFÍA

ARENDDT, Hannah 1953 (1995). “Comprensión y política”. En *De la Historia a la acción*. Fina Birulés (Trad.). Barcelona: Paidós.

BOLOGNA, Corrado (2006). “La imaginación o la gracia: Simone Weil”. En Cirlot, Victoria y Vega, Amador (eds.). *Mística y creación en el s. XX*. Barcelona: Herder.

ORTEGA Bayón, Carlos (1994). “Introducción”. En Weil, Simone. *La gravedad y la gracia*. Madrid: Trotta.

OSSOLA, Carlo (2006). “Camino de la mística: siglos XVII-XX”. En Cirlot, Victoria y Vega, Amador (Eds.), *Mística y creación en el s. XX*. Barcelona: Herder.

REVILLA, Carmen (2003). *Simone Weil: nombrar la experiencia*. Madrid: Trotta.

WEIL, Simone 1955 (1982). *Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social*. Luis Calvo Silva (Trad.). México: Premiá editora.

WEIL, Simone 1947 (1994). *La gravedad y la gracia*. Carlos Ortega Bayón (Trad.). Madrid: Trotta.

WEIL, Simone 1962 (1995). *Pensamientos desordenados*. María Tabuyo y Agustín López (Trads.). Madrid: Trotta.

WEIL, Simone 1949 (1996). *Echar raíces*. Juan Carlos González Pont y Juan Ramón Capella (Trads.). Madrid: Trotta.

WEIL, Simone 1957 (2000). *Escritos de Londres y últimas cartas*. Maite Larrauri (Trad.). Madrid: Trotta.

WEIL, Simone (2001). *Cuadernos*. Carlos Ortega (Trad.). Madrid: Trotta.

WEIL, Simone 1951 (2004). *Intuiciones Precristianas*. Carlos Ortega (Trad.) Madrid: Trotta.



**Acceso Abierto.** Este artículo está amparado por la licencia de Creative Commons Atribución/Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0). Ver copia de la licencia en: <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es>